



«PARECES UN MILLON»

YO estoy convencido de que los idiomas traicionan irremediablemente el carácter del pueblo que los habla, y no se me objete que ingleses y norteamericanos hablan el mismo idioma: «Los ingleses y los norteamericanos —dijo Bernard Shaw— están separados por el mismo idioma». Cuando un norteamericano quiere alabar la belleza de una chica le dice: «Pareces un millón», y no hay nada que más respeto le produzca que oír de Fulanito que «es un hombre de cinco millones de dólares». Esto no lo diría un inglés normal. No es adoración al dinero, como en el caso de Grecia donde, por lo visto, en vez de: «¿Qué tal está usted?», o: «Encantado de conocerle», la gente dice: «¿Cuánto gana Usted?», y es frase tan usual que ya ni se contesta a ella siquiera, es más bien el dinero como ingrediente cotidiano de la vida, como parte elemental y básica del credo nacional, que es el éxito en la vida medido por millones de dólares. A mí un católico norteamericano me dijo

que, para él, uno de los principales misterios del cristianismo era la sublimación de la pobreza.

Los norteamericanos, como los rusos, equiparan la grandeza con el volumen: lo bueno y lo grande son la misma cosa. En Nueva York conocí yo al enano más alto del mundo, y la gente le miraba con respeto y admiración, aunque aún estoy por conocer al gigante más bajo del mundo: éste, de existir, no tendrá éxito alguno en Estados Unidos.

También, como descendientes que son de co-

lonos nómadas existe la veneración por el vivir ligero: tener millones en el banco te permite vivir en un apartamento desnudo. La tendencia es a que los rascacielos sean cada vez más de quita y pon, y día llegará en que serán completamente desmontables. Entonces el norteamericano exitoso, que ya cambia de mujer y de coche todos los años y de camisa y traje todos los días, conseguirá su ideal de cambio permanente y actividad incesante cambiando de apartamento y hasta de rascacielos cada dos por tres por el sistema de desmontarlos.

Y no crea el lector que hablo en broma: los extremos se tocan; este es también el ideal de los principales rivales de los norteamericanos: los rusos, y el de sus principales aliados: los japoneses. La Unión Soviética, S. A., los Estados Unidos, Inc., y Japón, Ltd. acabarán descubriendo la forma de hacerse desmontables a sí mismos.

BROWN



CADA vez que oigo hablar de libertad me entran náuseas, pues todo el mundo se justifica con ella para cometer atrocidades: Un jovencito convierte a sus padres en salchichón para liberarse de la opresión familiar y un hidalgo de otro tiempo quema a fuego lento a sus cinco hijos, añadiendo guarnición con trocitos de su amante esposa, porque le impedian ver la televisiva Carta de Ajuste. Continuamente se me dice que ejerza mi voluntad, que grite si me place, que esto y que lo otro. ¡Vamos, que sé lo que ocurre! En cuanto te lanzas a hacer lo que realmente apeteces, un profundo vacío te rodea y el dedo acusador de la sociedad golpea sin piedad tus partes bajas. El otro día, por ejemplo: Yo amo la lectura y tiempos hubo en que, mejorando lo presente, mi vida discurría entre soledades culturales y éxtasis amoratorios coyunturales. Hasta que surgió en mi camino aquella joven con muslos de woman lib y ¡zas!, que de eso sólo tenía los muslos y que a ver cuándo



BILBAO'S FAMILY LIFE

nos casamos porque esto cada día se nota más. Doce años ha y Rosita parió sucesivamente siete retoños que operaron en mi ser una mutación biológica: Mi terso rostro de antaño adquirió tintes cenicientos y aumentaron de forma considerable mis secreciones biliales; olvidé leer, es cierto, pero me hice maestro en cambiar pañales y en despertar cuatro veces por noche con Al Capone en el corazón. En el cenit de la amargura, me aficioné a las películas españolas y hoy debo reconocer que no he fallecido de intoxicación cerebral gracias a ese reducto de fe que todos

los hombres bajitos poseemos. Pero el martes...

Admiro mucho a Valle-Inclán porque escribió teatro anticipándose en cincuenta años a lo que hoy es normal: No estrenarlo. Pues bien, estaba yo en el último refugio de mi casa ojeando una cosa suya cuando percibí un extraño olor a quemado; pensé que podría tratarse de un nuevo Matesa, pero deseché la idea por comprender que el país todavía no tiene dinero suficiente para repetir. En el comedor, majestuosa como un rito bíblico, ardía mi biblioteca; a su alrededor ballaban y maldecían mis pequeños monstruos. Estupefacto, acudí a mi mujer y su respuesta me produjo un distanciamiento casi brechtiano: «Déjalos. Están jugando a los guerrilleros». No pude más. Una fuerza ciega me impulsó a leer en voz alta el Anteproyecto de Ley del Suelo y, como esperaba, pocos segundos después fallecieron todos entre demenciales carcajadas. Aprendí la lección cuando fui detenido por violar la Ley de Secretos Oficiales.

RUIBAL